

# Los planes monetarios anglosajones, juzgados por un economista alemán

Por GERMAN BERNACER

Jefe del Servicio de Estudios Económicos del Banco de España

El último número del «Weltwirtschaftliches Archiv» nos trae un luminoso trabajo del sabio Rector de la Universidad de Kiel, Dr. Andrés Predöhl, a propósito de los proyectos monetarios inglés y americano.

Sería interesante una referencia detallada de la crítica doctrinal que hace el autor. Ante su imposibilidad, resumiremos las principales conclusiones.

Un sistema de compensación no es en sí mismo un mecanismo de corrección de los desequilibrios de los balances de pagos, como lo era el patrón oro. Este constituía un procedimiento automático de regulación del valor externo de las monedas, es decir, de su relación de cambio con una materia fundamental y, por lo tanto, entre sí; en él se daba prelación al valor externo sobre el valor interno o capacidad adquisitiva. Los cambios constituían el punto fijo: los niveles de precios se ajustaban automáticamente a los cambios mediante los movimientos de oro.

El patrón oro era un régimen consuetudinario con la libre competencia, que exigía mercados y precios reactivos, es decir, muy sensibles a las variaciones de oferta y demanda. Su ruina ha coincidido con las políticas monetarias autónomas que tienden a mantener el nivel de precios interiores, lo que implica, respecto al exterior, cambios fluctuantes, a menos que se eviten esas fluctuaciones mediante la administración estatal de divisas (Divisen bewirtschaftung). Las demás no son más que soluciones intermedias que no eluden, en los fuertes desequilibrios, el dilema de estabilización interior o estabilización exterior.

Según el Dr. Predöhl, el fracaso del patrón oro ha conducido a las políticas monetarias autónomas. ¿Pero ese fracaso y esas políticas monetarias autónomas, no han sido resultado ambas de la desconexión de las monedas ocasionada por la pasada guerra? Si la conexión no se pudo restablecer, es porque habían sobrevenido condiciones que usurpaban su elasticidad a los mercados.

A mi juicio, las causas de ello no

están, como el economista alemán parece admitir, en la fatalidad de la evolución económica y la gran expansión de las economías en el pasado siglo, sino que cabe fijarlas de una manera mucho más concreta. Las principales circunstancias que han quitado adaptabilidad a los mercados son: las reglamentaciones industriales, consecuencia en parte de la guerra, en parte de la necesidad de atender las reivindicaciones obreras, y reglamentaciones que privan a la dirección de las empresas de gran parte de su antigua libertad de acción; la mayor proporción con que en los precios figuran los impuestos, que constituyen un elemento inelástico del coste; las medidas nacionales de política coyuntural exigidas por la magnitud de las fluctuaciones de la postguerra y que han diversificado la condición de los mercados por los diferentes sistemas de actuación. A consecuencia de esto, los mercados no han demostrado aquella fácil reactividad que era premisa, obligada del patrón oro.

Los economistas extranjeros suelen descuidar el hecho de que este fracaso que contemporáneamente se ha dado en los grandes países industriales, se dió ya en otros mucho antes, por esa falta de adaptabilidad, aunque entonces las causas primarias fueran otras.

Quiero aludir con esto a los mercados agrícolas, tipo de mercados poco elásticos por naturaleza. Las producciones agrarias no son tan comprensibles y extensibles como las industriales; las que menos exigen un año para ser aumentadas o restringidas; en los cultivos arbóreos requiere ello períodos de muchos años. Y a estas causas físicas se une todavía una causa psicológica: el carácter extremadamente conservador y tradicionalista del campesino, que se resiste tenazmente a modificar sus costumbres. Consecuencia de ello es que en los países predominantemente agrícolas, que constituyen por condición propia mercados nacionales poco elásticos —de escasa reactividad, diría el prof. Predöhl— el patrón oro fracasó hace tiempo. Caso particular: España.

Porque tampoco el patrón oro es,

como podía deducirse de la manera de enjuiciarlo algunas veces, un sistema que, adaptándose perfectamente a condiciones que se daban antes de la Gran Guerra en los países capitalistas, ha dejado de servir después. Es un sistema fundamentalmente defectuoso que sometía la economía interna de los países particulares al despotismo de condiciones externas, su coyuntura al impacto de otras coyunturas extrañas, lo que hizo de las crisis un fenómeno universal. Sus defectos fueron nada más que medianamente tolerables mientras prevalecieron, al menos en los grandes países industriales, circunstancias que no les apartaban demasiado de las premisas del sistema.

Pero aun entonces, fué, a mi juicio, una causa importante de las guerras comerciales, siempre latentes. Y cuando aquellas circunstancias se han apartado más de tales premisas, su subsistencia se ha hecho imposible de todo punto.

Sea de esto lo que quiera, lo indudable es que, ni el patrón oro ni ningún sistema fundado sobre semejantes bases, ofrece ya condiciones de viabilidad, desde el momento en que realidades político-económicas indeclinables imponen interiormente políticas coyunturales y de protección del trabajo, que han hecho perder a los mercados la flexibilidad necesaria.

Tiene razón el autor que comento al sostener, con lógica impecable, que hay una cuestión que prevalece sobre la monetaria: la eliminación de las crisis de paro. «Si todos los países —dice— se hallasen en evolución permanentemente progresiva, la autonomía entre estabilidad interna y externa de los mercados quedaría resuelta *cipso facto*». Es aquí donde los planes monetarios muestran su insuficiencia radical. Con los medios que proponen no se puede realizar técnicamente la estabilidad monetaria, probablemente ni la interna ni la externa. Pero, aunque de momento la realizaran, la inestabilidad de las economías sobre que se apoyan, traería al fin otra vez la ruina del sistema. Monedas estables sólo pueden apoyarse sobre economías estables.

El autor ve la única solución del problema en la dirección de la economía y en lo que él llama el regionalismo económico, por oposición, al universalismo liberal.

En efecto, la dirección económica no es concebible sobre un plano internacional. Por definición, no cabe extenderla más allá del área donde se extiendan los poderes de cada Gobierno. Es por esto por lo que suelen quebrar casi todos los planes de tipo internacional. La contra está —y he aquí el gran drama de nuestro tiempo— en que la economía actual se desenvuelve mal dentro de los restringidos espacios nacionales: exige un superespacio económico en que respirar, más allá de sus fronteras políticas. Y ese espacio se lo quita el estado de guerra económica en que se vive y que se ha ido agudizando de día en día, en vez de atenuarse, a medida que el progreso técnico requería el ensanchamiento del ámbito vital.

¿Cómo hallar la solución? El sabio economista alemán cree encontrarla en que por propia conveniencia, los pequeños países, debatiéndose, para evitar su ruina, entre una autarquía imposible y una estructuración autónoma de su comercio exterior no más viable, se organicen según sus intereses en grupos regionales bajo la hegemonía de un país que establezca cierta unidad en sus directrices económicas, como sería una unión paneuropea bajo la hegemonía alemana.

He de confesar que esta parte del trabajo del Dr. Predöhl me parece la menos convincente. Convengo en que la política monetaria no puede desenvolverse hoy sino a base de cierto particularismo que excluye su universalidad. Pero, ¿está seguro el sabio profesor de que los pequeños países a quienes alude no encontrarán tan incómodo el regionalismo monetario a base de la administración de divisas, acuerdos bilaterales, y dirección de la economía, como el imperialismo económico que se esconde tras los proyectos internacionales, quiéranlo o no sus autores?

Séame permitido declarar mi duda, que procuraré justificar otro día.